

¿Iniciativas paradas?



Por Rolando Sarmiento Ricart

Cada vez que se aborda la crítica problemática del transporte urbano en Camagüey afloran como primeras justificaciones en los informes administrativos de los incumplimientos o nuevos planes anuales del trasiego estatal, las limitaciones de ómnibus y la reducción de combustible —diésel y gasolina—, este último argumento “real” y reiterado que se contradice con las ínfimas ventas en los servicentros de Cupet y la incesante circulación de autos y camiones privados.

En los procesos de rendición de cuenta y en la última sesión de la Asamblea Provincial del Poder Popular, el acuciante problema tuvo como respuesta que “se estudia” el asunto de manera integral en la capital provincial; sin embargo, no se abordan las deficiencias internas que, más que el combustible, lastran el número de equipos en disposición técnica, menos viajes y cantidad de usuarios beneficiados. Tampoco se profundiza acerca de la atención y control del personal de los talleres y choferes de las bases que estimule la eficiencia del servicio urbano, disminuya las ausencias y erradique el desvío del recurso automotor para que ganen honradamente salarios más altos en correspondencia con la cantidad y calidad de la transportación popular.

Y aunque en los informes de los incumplimientos priman las limitaciones de recursos automotores que apenas se explotan a la mitad de su disponibilidad técnica, brilla por su ausencia el análisis de los transportistas urbanos de qué uso y eficiencia de viajes y número de pasajeros logran con los medios y el combustible disponible y el que no consumen cuando las guaguas están paradas por averías u otros motivos ajenos a los hidrocarburos, hasta por falta de choferes, como ha ocurrido y sí tiene que ver en eso los salarios que devengan y la desestimulación del trabajo.

En Camagüey casi todo está “inventado”, desde el transporte estatal alternativo tirado por tractores como la circulación del famoso tren suburbano que, a partir de la terminal ferroviaria, beneficiaba hacia el norte las zonas

próximas al “Pedagógico”, hospital Amalia Simoni, la Universidad, y los repartos Puerto Príncipe, San Francisco, Lenin, Albaisa, Cromo y Altagracia, y otras barriadas periféricas, el respeto a los puntos de embarque de los “amarillos” y la obligatoriedad —si falta la conciencia— de que todos los vehículos estatales paren y recojan a la población que abarrota las paradas en horarios “pico permanente”.

Si alguien lo duda basta amanecer en cualquier punto de la urbe para ver correr vacíos todo tipo de ómnibus de disímiles entidades con letreros de: Flete, Servicio Especial, Expreso, Solo para trabajadores... que en otras épocas menos tensas que ahora, recogían en la ida o el regreso a muchas personas necesitadas de acudir a los hospitales, a las escuelas, al trabajo... o les garantizaba el retorno a sus hogares y que hoy en momentos más críticos del transporte urbano, no sienten la fiscalización de las autoridades pertinentes, empezando por la exigencia de algunos jefes, cuyos choferes pasan veloces frente a los puntos de embarque (amarillos) o improvisan un “invento” para no recoger a nadie en las paradas congestionadas.

Ese desaprovechamiento de las posibilidades estatales lo aprovechan algunos taxistas, bicitaxistas y choferes para “acaballar” a los urgidos de llegar puntual a cualquier gestión privada o al deber laboral. Tampoco escapan a este mosaico de incomprensiones algunas personas que se quejan de que una guagua estatal les cobre un peso por viajar de un lado al otro de la ciudad y pagan el triple o más a los expoliadores de marras que, por suerte, no son los más, y cuya mayoría hoy presta una inestimable contribución a la atenuación de la escasez de la circulación de medios estatales, sobre todo cuando se organizan y controlan como medios alternativos.

Reorganizar con eficiencia los medios y recursos automotores disponibles, retomar las soluciones alternativas que alguna vez atenuaron el severo déficit del transporte local y prevenir que en los próximos meses puede agravarse con la extensión de “fletes” hacia los planes vacacionales, en nada riñe mientras el anunciado estudio científico de la circulación del tránsito se ponga en marcha, para que las iniciativas no se aglomeren en las paradas repletas.

Para que el agua regrese al tinajón



Por Yanisleidy Prado Rojas

Camagüey se le conoce, entre otras denominaciones, como la Ciudad de los Tinajones. Sobre esa vasija de voluminosa panza, líneas geométricas delimitadas y un reborde destacado, cuya esencia se mantiene hasta la actualidad, estuvieron hablando hace unos domingos en un programa infantil.

Según las noticias, comenzaron a fabricarse allá por el 1600 del rojo barro de Sierra de Cubitas, a pesar de que la fecha de inscripción más antigua data de 1760 y el auge de su producción se alcanzó a mediados del siglo XIX.

Cuenta la historia que los alfareros procedentes del sur de España —asentados tempranamente en Puerto Príncipe— utilizaban grandes recipientes para almacenar granos, aceites, arroz, líquidos; y se dieron cuenta de que eran magníficos depósitos para mantener fresca el agua para el consumo humano.

Aunque es considerado símbolo camagüeyano por antonomasia, no es privativo de nuestra región. Se hicieron también en otros lugares de Cuba como Trinidad, Sancti Spiritus; así como en Jamaica, Chile y Perú, donde se heredó la tradición alfarera de la civilización incaica.

Para finales del siglo XIX se dice que todo hogar del Camagüey tenía al menos un tinajón. El brindis con sus frescas aguas se hizo costumbre entre las visitas y, quizá, por la belleza que también dicen caracteriza a las camagüeyanas, muchos jóvenes terminaron casándose aquí.

Por eso suele decirse que el que toma agua de tinajón se queda por estas tierras. Precisamente con esa recomendación terminó el citado programa matinal, invitando a los televidentes de todo el país a beber la fresca agua de tinajón al pasar por la ciudad. Fue entonces cuando el orgullo que me inundaba se transformó en una pregunta: ¿dónde?

Con esta historia “vendemos” la ciudad para Cuba y el mundo, y si un día se nos acerca alguien con esas ansias, ¿a dónde llevarle? Tenemos una Casa del Agua en la calle República, la cual antes estuvo descomercializada y pasó ahora en arrendamiento al sector no estatal, con otras prestaciones distintas a las que le dieron origen; inauguramos el magnífico Centro de Convenciones Santa Cecilia, donde confluyen en importantes eventos personas de las más variadas latitudes; en los recorridos turísticos no faltan las plazas de El Gallo, San Juan de Dios y El Carmen, como muestras de lo que nos distingue como Patrimonio Cultural de la Humanidad, mientras el Museo Casa Natal de Ignacio Agramonte conserva casi intacto el sistema de canales de la época.

Sin embargo, en ninguno de estos lugares, ni en otro, se puede disfrutar del refrescante líquido. Claro está, brindar agua no es el objeto o encargo social de tales sitios, pero tal vez se convertiría en la novedad y marcar la diferencia, atraer a lugareños y visitantes solo por disfrutar de la añeja tradición.

Hay muchas otras opciones: los hostales recién abiertos en diferentes puntos del Centro Histórico de la urbe pudieran ofertarla junto al coctel de bienvenida, o en sus recepciones; o la gastronomía en grandes centros comerciales como el mercado La Caridad (Estrella Roja), con varias cafeterías; en restaurantes emblemáticos como el 1514 o La Volanta; o en amplias instalaciones como El Lago de los Sueños o el Parque Botánico, e incluso con la variante del trabajo no estatal.

El caso es que le vendría muy bien a la ciudad llevar a la práctica una tradición de la que tanto hablamos. Claro que ello conllevaría trabajo, pues no se trata de echar agua en un tinajón y sacarla con un jarro. Habría que pensar en tinajas y en las necesarias medidas higiénicas. Pero valdría la pena, porque sin dudas, muchos tomarán agua de tinajón cuando la tengamos disponible.

ACTUALIDADES



Foto: Orlando Durán Hemández

En Martí y Sedano, un CDR lleva el nombre de nuestro Apóstol, y esta es la condición actual del sitio que así lo refrenda; mal anda el homenaje al más universal de todos los cubanos.



Foto: Otilio Rivero Delgado

Chapuceras como esta en la calle 25 de Julio, donde luego de invertir recursos en su reparación “reverdecen” los baches, hacen dudar de la calidad del trabajo hecho.



Los QR (Quick Response) son códigos de barras bidimensionales que pueden almacenar datos codificados, ya sean letras o números. Cada día son más las empresas, instituciones y personas que los utilizan para compartir información con quienes los escanean a través de una aplicación (app) en sus teléfonos móviles. Desde esta semana, Adelante le invita a descodificar este, una invitación a nuestra página web.